

VIII.

ALIAGA Y CERVANTES.—RESÚMEN.

Conjeturan doctos escritores que á parte de las críticas que sin violencia se descubren en el «Quijote» contra personas y cosas, comprende tambien la obra una fina sátira del libro y de la sociedad contemporánea: llegan otros á señalar el blanco á donde se dirijen los tiros, y con tal motivo establecen ingeniosas hipótesis, cálculos mas ó menos razonables y hasta proposiciones exentas de toda verosimilitud. Apuntamos antes algo pertinente á esta materia, y aunque no entra en nuestro plan discutirla por ahora, cúmplenos ase-

verar que si Cervantes no se propuso, de camino que arruinaba la literatura caballeresca, poner en ridículo á determinadas eminencias é instituciones, por lo menos, tuvo presentes sus desbarros al componer la fingida historia. Llévanos esta creencia á pensar que no fueron únicamente literatos y poetas los que á Cervantes desdeñaron ó persiguieron, sino personas de alta gerarquía en el orden social y político.

Ocúrrese muy luego el nombre de Aliaga. Desde 1609 grangeóse el confesor aragonés el valimiento de altos personajes de la córte. Arbitro, una vez derrocado su patrono el de Lerma, de los destinos de España, nadie habia que con él pudiera equipararse en influencia. Reinaba el monarca, pero no gobernaba. Aliaga, su lugarteniente, absorbía el conocimiento y la resolucion de toda suerte de negocios, y mientras el Rey pasaba tres tercios del año ausente de Madrid, ya en el Pardo y el Escorial, ora en Lerma, la Ventosilla, Búrgos ó Aranjuez, el modesto dominico regia á su talento el vasto territorio de los dominios españoles. Cuando Felipe III no cazaba conejos, ocupábase en correr venados; cuando le cansaba la montería, asistia á la brama de toros; cuando no tiraba palomas torcaces, visitaba á la monja milagrera de Carrion que se arrobaba tres veces bajo el placer que le producía que S. M. la visitara en su celda..... (54)

Mientras reinó en las palaciegas estancias Ler-

ma, nuestro manco vió desatendidas sus quejas, no embargante el inútil protectorado del de Lemos. Encumbrado Aliaga al poder, siguió como estaba, pobre y reducido á la mayor miseria. Ni era posible que el infatuado valido mirara á Cervantes con buenos ojos. Ignoramos que tuviera amistad estrecha con Lope de Vega, pero convertido este en el poeta obligado de las jornadas reales, natural era que Aliaga participara de la admiración que el vate producía en la generalidad de los cortesanos. Pasaban por mano de Aliaga cuantas mercedes se otorgaban en nombre de la corona; pedíanlas los grandes interesándose por los menesterosos, y Aliaga aconsejaba á la régia conciencia la oportunidad de la gracia, ó se oponía resueltamente á que se concediera. No consta que Lemos implorara la protección del monarca en favor de Cervantes; no se sabe que apoyara sus justas solicitudes, y si otra cosa sucedió no hubo de salir airoso en su empresa. Quizá Aliaga no halló conveniente satisfacerlas; tal vez miró con saña y malquerencia al desdichado poeta; si bien no hay fundamento bastante para presentarle manchado con tan fea injusticia.

Conocida la perversidad de Aliaga, la torpeza de su conducta, la sordidez de su vida, no será mucho suponer que la lectura de las sátiras quijotescas, en cuanto á la moral se referían, habían de irritarle, cogiéndole de medio á medio. No era Cervantes adulator, amigo de hacer antesalas, ni

menos servil abogado de malas causas. Lejos de toda superstición y fanatismo, rendía culto sincero á la callada virtud y á la modestia, y sin hacer gala de impiedad tampoco mostrábase en sus escritos mojigato ni gazmoño. Resplandece en todos ellos la moral mas pura, aunque huye de la amalgama indigna de religión y sensualismo que suelen encerrar casi todas las producciones literarias de su tiempo. Sin ser un «espíritu fuerte» aparece bastante despreocupado, ponderadas las circunstancias que le rodearon y la índole de los tiempos en que escribía.

Nótase en el «Quijote» cierta severidad, cierta predisposición contraria á la gente de sotana, y esto á pesar de que uno de los personajes con mayor esmero retratado es el del cura. Harto significativa es para nosotros esta elección, porque el cura personifica el verdadero sacerdote; liberal, ilustrado y justo que con fina sátira truená contra las preocupaciones, vicios ó ignorancia de los hombres de su clase. Aliaga era el reverso de la medalla. Había puesto Lerma la monarquía al borde del abismo, empujábala Aliaga á los dominios de la barbarie. Fué el prepotente dominico uno de los que con mas ardor contribuyeron á estremar en España el predominio de la ignorancia y del fanatismo. Fúcares y frailes gobernaban á su arbitrio, esquilmandola los unos con las operaciones fiscales, hundiéndola los otros en las nieblas de la intolerancia y del error. Aliaga, vicioso, in-

moral, concusionario, déspota, petulante, se hubiera ruborizado á tener decoro, leyendo las páginas del «Quijote,» donde se enaltecia la virtud, la honradez, la vida sencilla y digna, rechazándose todo artificio y toda farsa. Burlóse Cervantes de la astrología, censuró las patrañas del médico Torralva, como se mofaba de cuanto mantenía las preocupaciones del pueblo. Fué Aliaga supersticioso por extremo y aficionado á prodigios, horóscopos y acertijos, llevando á su domicilio embaidores insolentes que con sus sortilegios causaban graves daños en las familias. Astro de aquel cielo, compartía con los otros la responsabilidad tremenda de la vergonzosa comedia. Todo era adulacion y servilismo. Adulaba Lope al de Sesa, prestándose á servirle en los mas indignos oficios; á los farsantes y comediantas, contribuyendo á desmoralizarlos; al vulgo dejando de censurar su gusto estragado, no ofreciéndole altas enseñanzas que le apartaran del camino del vicio. Adulaba Jáuregui al Rey cuya ineptitud é imbecilidad pedían por lo menos el silencio, diciéndole:

Pues tú, que agora juntas, Marte ibero,
Al mundo antiguo su segunda parte.....

Adulaba tambien con el soneto que escribió al túmulo levantado en Sevilla con ocasion de las exequias de la reina Margarita; mientras Cervantes no tuvo una palabra para Felipe III, y cuando murió mofóse del catafalco que en el mismo Sevilla se le erigiera.

Adulaban los Arjensolas al archiduque Alberto, y al mismo Felipe III, y á favor de tales manejos, conseguían ver colmadas sus esperanzas. Enemigo Cervantes de todo lo que no fuera verdadero, seguía distinto rumbo, pudiendo aplicársele los versos que escribía Bartolomé Cairaso de Figueroa:

Pobreza es mayorazgo de los buenos
Muerte de melancólica tristeza,
Posada de la paz y su sosiego.
Así es de mas valor y mas estima,
.....
Un pobre virtuoso y abatido
Que un rico sublimado si es vicioso.

Cervantes no estaba de acuerdo con su tiempo. Con indiferencia estóica escuchaba el atropellado rumor de los saraos que se sucedían en las aristocráticas mansiones del Prado, y sin darse á partido veía pasar ante sí á los personajes mas ilustres de la córte, revueltos en los trances de los torneos y en las peripecias de las dispendiosas cabalgatas. Escándalos palaciegos, amoríos criminales, dilapidaciones que arruinaban, duelos que ningun motivo honesto sancionó, todo el cúmulo de entuertos que tegía la urdimbre de las crónicas contemporáneas, hallaba su reprobacion mas ó menos explícita en el «Quijote.» Azotábase en sus páginas el orgullo de los grandes, cuando se ensalzaba á los pequeños; hacíase mofa de la riqueza, cuando no la sancionaba la virtud; dábese en

rostro á los soberbios con la dicha de los humildes; poníase en ridículo el mal comprendido honor, fijando el concepto del que ningun hombre debía mirar indiferente, y el desgobierno y la intolerancia eran fuertemente combatidos.

Y cuando hay beneficios, pensiones y dádivas hasta para los menos dignos, cuando se despilfarran gruesas sumas en ridículas empresas, Cervantes no encuentra puerta alguna para salir de su miseria. Olvídanse sus servicios, menosprécianse sus méritos, y él que llevará el nombre español á todos los confines en alas de su génio, gime desvalido, mientras se dilapidan las rentas, se acumulan los oficios y se encumbra la ruindad y el crimen. ¿Influyó Aliaga en tanta desventura? Podrá sospecharse, pero no afirmarlo ni aun hipotéticamente. Cierta es que entre la familia domínica y Cervantes mediaban antiguos agravios; mas no seremos nosotros los que, sin tener conciencia de ello, presentemos al afortunado aragonés como rudo perseguidor de nuestro literato. Que Aliaga fué cómplice con los demás poderosos de su tiempo de tanto infortunio; que le toca su no pequeña parte de responsabilidad en esta desgracia, cosa es que no necesita razonarse con nuevos argumentos. Juzguémosle no por lo que hizo, que nos es desconocido, sino por lo que dejó de practicar.

Representaba Aliaga el poder, lo pasado, y la descomposicion creciente de la sociedad española.

Personificaba Cervantes la protesta del buen sentido y lo porvenir. Este era todo abnegacion y patriotismo, buen gusto y cultura; aquel egoismo estólido, aspereza irritante, ignorancia y vulgaridad. ¡Ni con un solo relieve de su bien abastecida mesa quiso satisfacer el hambre de Cervantes; ni con una sola muestra de generosidad alegró, por acaso, sus melancolías! No fueron los grandes y los encumbrados amigos verdaderos del manco! Reclutaba los suyos entre los hombres realmente bondadosos. Martínez Marina, dignísimo sacerdote, le abre sus brazos cuando ya la despedazada y raida ropilla debe cubrir imperfectamente el demacrado cuerpo; comparte con él, permítasenos afirmar, su frugal alimento y fortalece su resignacion con advertencias discretas. Tiene valor el maestro Valdivieso para llamarle, ante la faz de los cortesanos, honra y lustre de la nacion, admiracion y envidia de los extraños; elógiale el licenciado Marquez Torres sin hallar límite á sus encomios, y las humildes Trinitarias concédenle un pedazo de tierra donde descansar sus preciosos restos! ¿Qué hacen en tanto los grandes, los autores de título, los poetas palaciegos, los cortesanos en preponderancia? Si exceptuamos á Lemos y al arzobispo D. Bernardino de Sandoval y Rojas, que compraron demasiado barata la alta honra de aparecer cual Mecenas del mas alto ingenio que contemplaron los siglos, la turba entera de dichosos olvidóse del necesitado

dejándole morir de necesidad! Mas vale así. Cervantes habia dicho: «¡Venturoso aquel á quien el cielo dió un pedazo de pan, sin que le quede obligacion de agradecerlo á otro que al mismo cielo!» Comió Cervantes su pan con el sudor de su frente, nada tuvo que agradecer á los que disponian de los tesoros públicos y de los puestos oficiales, nada, hablando sin empacho, á la magnificencia de sus contemporáneos. Hiciéronle justicia las muchedumbres, admiróle el mundo, y la posteridad le adora. Repítese su nombre con respetuoso entusiasmo en todos los extremos del globo que ilumina la antorcha de la civilizacion, y no hay quien no simpatice, de conocerla, con esa pobreza que es el mas honroso timbre de una vida austera y siempre bien encaminada.

Y para que todo sea grande relativamente á su persona, hasta es grande é impenetrable el misterio que cubre el origen de sus desventuras y el secreto que oculta el nombre de su émulo tordesillesco. No consiguió romperlo nuestra diligencia; pero colmó nuestro anhelo ver por tierra y sin crédito la doctrina que, condenando injustamente á Aliaga, presentábale como enemigo convicto y confeso de Cervantes y padre encubierto del libro tarraconense.

EL

BARRIO DE LAS MUSAS

ó

DE CERVANTES.